

LAS MUJERES Y LAS CIENCIAS SOCIALES Y HUMANAS. CONTEXTO HISTÓRICO

*JOSÉ EDUARDO RUEDA ENCISO**

Recibido: 5 de julio de 2008

Aprobado: 30 de julio de 2008

Artículo de investigación

* Antropólogo egresado de la Universidad Nacional de Colombia. Magister en Historia Andina de la Universidad del Valle. Profesor Titular de la Escuela Superior de Administración Pública; Grupo de Investigación Histórica sobre Problemática Pública “Radicales y Ultramontanos”. El artículo combina trabajos de investigación adelantados por el autor en los últimos quince años, relacionándolos con reflexiones específicas sobre el tema de las mujeres y las ciencias sociales y humanas.

Resumen

El artículo hace un recuento histórico, desde la Colonia hasta finales de la década del sesenta del siglo XX, del trasegar de la mujer colombiana en la actividad literaria, algunas de las bellas artes y en la vida pública y cultural del país, mostrando sus realizaciones en relación con los temas concomitantes con las Ciencias Sociales y Humanas para desembocar en los primeros pasos de éstas, en los que fueron protagonistas importantes. El panorama descrito muestra cómo las mujeres, a pesar de los convencionalismos sociales que imperaban en el país, según los cuales debían dedicarse fundamentalmente a labores domésticas, o a la vida contemplativa, pudieron muy lentamente y casi que excepcionalmente, involucrarse en la literatura, las artes y las ciencias. Los sucesivos cambios en la orientación del país propiciaron que las mujeres tuvieran mayores oportunidades de realización en los campos mencionados, pero el modelo educativo imperante era demasiado restringido y su analfabetismo, impedía mayores logros. Sin embargo, desde comienzos y hasta mediados del siglo XX, algunas mujeres lucharon, en colaboración con algunos hombres de mentalidad abierta, para que la situación de marginamiento se superaría y poco a poco comenzaron a asistir a la Universidad, a convertirse en profesionales y a participar en la vida pública. El nacimiento de las modernas Ciencias Sociales y Humanas en el país se dio a partir de la Escuela Normal Superior, allí se formaron los primeros y primeras profesionales de tales disciplinas, convirtiéndolas, simultáneamente con los hombres y por primera vez, en pioneras de la docencia e investigación de las ciencias sociales y la cultura, y en formadoras y paradigmas de otras mujeres que a su vez se encargaron de multiplicar, a través de la cátedra universitaria, lo aprendido con sus maestras.

Palabras clave: mujeres, literatura, bellas artes, educación, ciencias sociales y humanas, antropología, etnología, sociología, historia.

WOMEN, SOCIAL AND HUMAN SCIENCES. A HISTORICAL CONTEXT

Abstract

The article gives a historical account, from Colonial times until the end of the 1960's, of the journey of Colombian women in the literary world, in some of the fine arts and in public and cultural life of the country, displaying their achievements in relation to concomitant topics with Social and Human Sciences leading to the first steps of these disciplines, in which these women were

key players. The situation described shows how women, despite the social conventions that prevailed in the country, according to which they should devote their time primarily to domestic chores or to contemplative life, were able to, very slowly and almost uniquely, become involved in Literature, the Arts and Science. Successive changes in the country's orientation gave women more opportunities for achievement in the fields mentioned above, but the prevailing model of education was too limited and their illiteracy impeded greater achievements. However, from the beginning and until mid twentieth century, some women fought, in collaboration with some open-minded men, to gradually overcome their marginalized situation, and little by little women began to attend university, become professionals and participate in public life. The birth of modern Social and Human Sciences in the country took place in Escuela Normal Superior, where the first male and female professionals of these disciplines were formed; where women became, simultaneously with men, and for the first time, pioneers of Social Sciences and culture teaching and research, as well as trainers of and paradigms for other women who in turn were responsible for multiplying, through university lectures, what they learned with their teachers.

Key words: women, literature, fine arts, education, Social and Human Sciences, Anthropology, Ethnology, Sociology, History.

Introducción

Uno de los hechos más significativos en la Colombia de la segunda mitad del siglo XX y comienzos del presente es la irrupción de la mujer en la vida pública. En gran parte, ese fenómeno está intrínsecamente relacionado con el nacimiento, crecimiento y desarrollo de las Ciencias Sociales y Humanas, los que a su vez están ligados al desenvolvimiento del arte y las letras, pues son innumerables los casos en que los artistas y literatos se adelantaron a los científicos sociales. Esa circunstancia es claramente identificada para el caso de la mujer y su incursión en el universo de las reflexiones sobre la sociedad y la cultura.

Efectivamente, en ocasiones, como en el siglo XIX, las mujeres que se atrevieron a plasmar sobre el papel sus ideas y pensamientos fueron verdaderas pioneras de la literatura y en las ciencias del hombre. De igual manera, la irrupción de la mujer en esos menesteres está íntimamente ligada a la penetración de otras en distintas actividades de la vida pública y cultural del país. Es así como el escrito presenta un contexto histórico amplio de cómo, poco a poco, la mujer fue desbordando el ámbito de lo casero, de lo íntimo, al que había sido conminada desde la llegada misma de los españoles, y fue entrando en el de la vida pública.

De la Conquista a la Colonia

Hasta ahora no se conoce ninguna crónica de la Conquista escrita por mujeres. Sin embargo, algunas damas fueron protagonistas de la crónica histórica *El Carnero* de Juan Rodríguez Freyle.

En la Colonia la mujer no participó mucho en el registro y análisis de la sociedad y la cultura de la época. Salvo algunas monjas que se dedicaron a las letras, especialmente a la literatura mística, sólo hay en el siglo XVI una mujer laica que se dedicó al cuento: doña Francisca de Tolosa¹. La monja escritora más conocida en nuestro medio fue la madre Clarisa Francisca Josefa del Castillo y Guevara (1671-1742), que en su niñez y adolescencia, en su natal Tunja, conoció los libros de Santa Teresa de Jesús, así como algunas novelas y comedias y los *Ejercicios espirituales* de San Ignacio de Loyola. A los 18 años entró a la comunidad de Santa Clara, en 1694 se hizo monja y comenzó a escribir *Afectos espirituales* cuya primera parte terminó en 1716, año en el cual, preocupada por el sentido de la vida y la muerte, inició la redacción del relato autobiográfico que tituló *Su Vida*; en 1724 reanudó la de *Afectos*. Al morir, además de las dos obras reseñadas, dejó algunos poemas y escritos breves. Sólo en 1817 se hizo una primera edición de su autobiografía y en 1843 se publicó la primera parte de *Afectos*, bajo el título de *Sentimientos espirituales*. Junto con la mexicana sor Juana Inés de la Cruz son, quizás, las principales escritoras que hubo en la América española.

A finales del siglo XVIII y principios del XIX, algunas damas de la aristocracia neogranadina promovieron e hicieron parte de las tertulias literarias² que, con ideas político-filosóficas de corte liberal, se preocuparon por el futuro del país y fueron lugares de donde emergieron algunos de los patriotas de la Independencia, ya que permitieron la formación de una conciencia crítica, no sólo en materia artística, sino también dentro del marco político y social. La tertulia del "Buen Gusto" se congregaba en la casa de doña Manuela Sanz de Santamaría. Aunque estos círculos de reunión, estaban en directa comunicación con los periódicos³, que por esa época se editaron en el Virreinato del Nuevo

¹ El dato lo trae Antonio Cursio Altamar en su obra *Evolución de la novela en Colombia* (1975: 56). Él lo tomó de *Historia de la Literatura Colombiana* de Antonio Gómez Restrepo., Bogotá: 1945, Tomo I, pág. 279. Gómez obtuvo la información vía comunicación de Guillermo Hernández de Alba. De la mencionada cuentista no se ha encontrado todavía ningún escrito.

² Las tertulias más conocidas fueron: el Círculo que comandó el Precursor Nariño, que tuvo un carácter político; la Eutropélica, dedicada al estudio de los clásicos; El Buen Gusto, centrada en la literatura jocosa; el Arcano de la Filantropía y el Parnasillo. El énfasis de estas últimas cuatro fue más literario.

³ Papel Periódico de la Ciudad de Santafé de Bogotá (1791-1797) dirigido por Manuel del Socorro Rodríguez; Correo Curioso Económico y Mercantil de la ciudad de Santafé de Bogotá (1801) bajo la tutela de Jorge Tadeo Lozano de Peralta y su primo Luis Eduardo Asola; El Redactor Americano y Alternativo del Redactor (1809-1810) editado por Manuel del Socorro Rodríguez; Semanario del Nuevo Reino de Granada (1808-1810) publicado por Francisco José de Caldas.

Reino de Granada; no existen artículos escritos por mujeres. Que sepamos, la Real Expedición Botánica, que dirigió el sabio gaditano José Celestino Mutis, no contó dentro de sus colaboradores (pintores, comisionados y arbolarios) con mujeres. Las heroínas de la Independencia no fueron mujeres de estratos altos, más bien pertenecieron a los medios y bajos⁴. Normalmente, colaboraron con la causa como informantes, mensajeras y miembros de lo que se denomina las “juanas”; en la mayoría de casos esas cooperaciones fueron con las guerrillas y por lo regular les significó morir fusiladas.

La educación que se les impartía en esa época a las mujeres era básicamente orientada al buen desempeño de las labores caceras, así como a ser buenas católicas y practicar la piedad. Por lo general, tenían algunos conocimientos básicos de aritmética, escritura, gramática y lectura, pero la amplia mayoría era analfabeta. Las escuelas de primeras letras no funcionaron para las mujeres, los conocimientos que podían obtener eran conseguidos en la casa o por sí solas.

El siglo XIX

I

Durante la Independencia y La Gran Colombia no hubo mayores desarrollos de la literatura, buena parte de la producción intelectual, política etc. se concentró en los periódicos. Sus representantes nadaron en dos aguas: el neoclasicismo y el romanticismo, la producción fue escasa. Sólo en la Nueva Granada, después de 1831, se encuentran indicios de novelistas. Es así como la novela histórica-romántica tuvo sus inicios con Juan José Nieto, entre 1844 y 1845, y un desarrollo importante con Felipe Pérez, a la que siguió una buena cantidad de novelas, románticas unas y costumbristas otras, en las que por lo general una mujer fue la protagonista y en la mayoría de casos el título fue el mismo de la heroína, siendo la más destacada *María* (1867) de Jorge Isaacs⁵.

Escritoras no fueron muchas. Hay que destacar a Josefa Acevedo y Gómez Tejada (1803-1861), hija del “Tribuno del Pueblo” José Acevedo y Gómez, primera escritora de la época republicana, de innegable vocación literaria pero sin mayor formación; su obra es bastante irregular, cargada de moralismo y normas de conducta, pero útil para un investigador moderno que quiera

⁴ En efecto, la cucuteña Mercedes Abrego de Reyes (1770 ó 1775–1813) era diestra en las manualidades. Policarpa Salavarrieta Ríos (1793, 1794 ó 1795–1817), conocida como La Pola, era mucama de doña Andrea Ricaurte de Lozano. Antonia Santos Plata (1782–1819) se sale un tanto del molde, pues era hija de hacendado.

⁵ Recordamos entre otras: Pioquinta o el Valle de Tenza; Bruna la carbonera; Manuela (1858) de Eugenio Díaz Castro; Tránsito de Luis Segundo de Silvestre.

indagar sobre esos aspectos. En general, sus ideas y escritos están más anclados en la Colonia que en la República. Su primera obra fue *Ensayo sobre los deberes de las casadas* (aproximadamente de 1840), se trata de una serie de consejos dirigidos a los esposos para lograr la armonía conyugal, en la cual se aproximó a la mentalidad de la época en lo referente al matrimonio y a los roles masculinos y femeninos dentro de la pareja. Posteriormente, en 1848, se publicó *Tratado de la economía doméstica para el uso de las madres de familia y de las amas de casa*, en la que divide la economía doméstica en tres partes: la del tiempo, la del dinero y la de las joyas. *Vestidos, muebles y provisiones*, al igual que la anterior obra, es una guía de comportamiento. En 1853, se editó una compilación de su obra poética, la que inició en 1823 y tuvo por nombre *Poesías de una granadina*. En el campo propiamente de la historia es de destacar algunas biografías que escribió: la de su esposo, el doctor Diego Fernando Gómez; las de su padre y su hermano José; la de su primo hermano, el escritor Luis Vargas Tejada; una autobiografía; así como sus *Cuadros de la vida privada de algunos neogranadinos, copiados al natural para instrucción y divertimento de los curiosos* (1861), que consta de ocho cuadros o relatos breves que ilustran, con precisión y amenidad, trozos de la vida neogranadina de finales de la Colonia y comienzos de la República (Martínez Carreño, 2007: 20-21).

Un caso excepcional fue el de doña María Martínez de Nisser (1812-1872), que fue combatiente, del ejército del mayor Braulio Henao, a favor de la legitimidad del gobierno y la paz de la República, en la guerra civil de Los Supremos o de Los Conventos (1839-1841), especialmente en la batalla de Salamina, 4 de mayo de 1841, donde fue heroína, hecho totalmente insólito para la sociedad de la época, pues en las guerras civiles del siglo XIX las mujeres hicieron parte de la soldadesca pero no del frente de batalla. De su accionar escribió un libro, *Diario de los sucesos de la revolución en la provincia de Antioquia en los años 1840-1841* (1843), que es pieza documental fundamental en los análisis que sobre esa guerra civil se han adelantado.

Entre otras escritoras del siglo XIX encontramos a Silveria Espinosa de Rendón (1815-1886) y Mercedes Gómez Victoria, que publicó en 1889 una novela corta titulada *Los Misterios de la vida*, influenciada en las novelas de Alejandro Dumas y Eugenio Sue; también a Concepción Jiménez de Araujo (1862-1929), quien escribió algunas obras de teatro y un volumen de cuentos⁶. La poesía femenina tuvo en Agripina Montes del Valle (1844-1915) su más importante representante.

La mujer escritora más destacada del siglo XIX en Colombia fue, sin lugar a equivocaciones, doña Soledad Acosta de Samper (1833-1913), que desde 1858

⁶ Su primera obra de teatro fue *El Jardín de Bagdad* y el volumen de cuentos se tituló *Ideas y sentimientos* (1901).

hasta su muerte publicó una serie de novelas, 17 en total, que oscilaron entre lo histórico y lo costumbrista con marcado sentido didáctico, pues presentan cuadros de la historia de América, con un punto de vista legendario y novelesco, sin faltar a la verdad de los hechos históricos. Hija del general Joaquín Acosta y esposa del escritor José María Samper Agudelo, vivió, desde su niñez, un ambiente intelectual e investigativo⁷ que, sin duda, la excitaron para escribir historia novelada con una incuestionable influencia del francés Víctor Hugo y del inglés sir Walter Scott.

Además fungió como editora, pues dirigió la revista *Mujer*⁸, fundada en 1878. Esta publicación fue la primera que dirigió una periodista en nuestro país y sus colaboradoras fueron también mujeres. Otra gaceta que tuvo a su mando fue la *Revista Literaria*. Además, fue colaboradora de los folletines de *Biblioteca de Señoritas*, *El Mosaico*, *El Deber*, *La Prensa* y *La Familia*. Utilizó el seudónimo Aldebarán⁹ para escribir en *El Tradicionista* de Miguel Antonio Caro, una serie de cuadros de costumbres que tituló *Anales de un paseo*. Igualmente, fue traductora¹⁰. A la muerte de su esposo, en 1888, se radicó en París por unos años, lo que le dio oportunidad para, en 1892, ser nombrada delegada oficial de la República de Colombia al IX Congreso Internacional de Americanistas en el convento de La Rábida, en España, donde divulgó algunas de las leyendas sobre el judaísmo de los antioqueños y defendió la aptitud de las mujeres para ejercer las profesiones (Melo González, 1988: 637). Representó a Colombia en los congresos conmemorativos del Cuarto Centenario del Descubrimiento de América. Escribió el *Catecismo de historia colombiana* (1905), que donó al gobierno colombiano para la enseñanza en las escuelas.

De regreso a Colombia, en 1903, escribió y promovió un manifiesto, firmado por trescientas mujeres y dirigido al presidente José Manuel Marroquín, en el cual, en nombre de la dignidad humana, exigía la defensa de la soberanía nacional agredida por los Estados Unidos en la separación de Panamá. Documento que puede ser tenido como el primero, o unos de los primeros, en el que la mujer colombiana trató de salir de la invisibilidad a la que durante más de trescientos cincuenta años había estado sometida (Velásquez Toro, 1989: 40-41).

⁷ Inició sus estudios en el Colegio La Merced de Bogotá. A los 12 años viajó a Canadá, Halifax, Nueva Escocia y luego a París. Junto con su padre, el general Tomás Joaquín de Acosta y Pérez de Guzmán, interesado en la geografía, la mineralogía, la geología, el periodismo, la historia y la sociología de su país, visitó y frecuentó las tertulias y reuniones que se llevaban a cabo en la capital francesa, donde conoció a los más importantes escritores europeos, con los que entabló amistad. Desde esa época comenzó a escribir.

⁸ Allí publicó una serie de escritos históricos cuya temática giró en torno a las mujeres: *La mujer en la civilización*, *Literatas francesas*, *Galerías de mujeres virtuosas*, *Las desdichas de Aurora*.

⁹ Otros seudónimos que utilizó fueron: Renata, Bertilda, Olga y Andina.

¹⁰ Tradujo la novela de Augusta Craven *La Explicación del Enigma*. Bogotá: Imprenta de La Luz, 1887.

Fueron variadas las temáticas que abordó doña Soledad en sus novelas: la historia de España del siglo XVI¹¹, la vida colonial¹², la descripción de algunas enfermedades como la lepra¹³, algunos pasajes de la vida colombiana del siglo XIX y una síntesis de la historia nacional¹⁴. Sin embargo, fue en la biografía¹⁵ donde más se acercó a la historia, la más destacada fue *Biografía del general Joaquín Acosta, prócer de la Independencia, historiador, geógrafo, hombre científico y filántropo* (Bogotá, 1901), con la cual ganó en 1883 un concurso en Bogotá, con motivo del centenario de Bolívar. Para su realización se basó en documentación original, pues por lo general en ese tipo de escritos reconstruyó, a veces, junto con los acontecimientos, los pensamientos e intenciones de los personajes y fantaseó lo que no conocía.

Dicho sea de paso, no hay evidencias claras de que estas mujeres escritoras hubiesen participado de los grupos de literatos que se formaron en la segunda mitad del siglo XIX como la Lira Nueva, La Gruta Simbólica y los Centenaritas. Las mujeres literatas, por lo general pertenecientes a la clase adinerada, fueron una excepción dentro de las condiciones de sometimiento e invisibilidad que afrontaron las mujeres; estaban compelidas a austeros cánones formados por el ideal de femineidad (ingenuidad y negación de sus pasiones) que imponían una serie de convencionalismos en la forma y en los temas (Velásquez Toro, 1989: 41).

II

El siglo XIX y el advenimiento de la República no mejoraron mayor cosa la educación para la mujer. Sin embargo, algunas se prepararon para el magisterio, profesión socialmente aceptada por ser una prolongación de las labores domésticas de educación y atención de los niños.

El mayor avance se consiguió a partir del Decreto de Instrucción Pública Primaria de 1870, en el cual, además de reflejarse lo mejor del espíritu civilizador del liberalismo en nuestro medio de forma integral, se buscó enfrentar la situación educativa y cultural del país en todos los niveles. Este decreto permitió formar Escuelas Normales en las capitales de los nueve Estados Soberanos (Antioquia, Bolívar, Boyacá, Cundinamarca, Cauca,

¹¹ Gil Bayle (s.f); *Hidalgos de Zamora* (1898).

¹² Teresa la Limeña (1868); *El corazón de la mujer* (1869); *Los Piratas de Cartagena* (1886); *La Insurrección de los comuneros* (1887); *Un Hidalgo Conquistador* (1907); *El esclavo de Juan Fernández*, que fue traducida al francés.

¹³ Dolores (1867), que fue traducida y publicada al inglés.

¹⁴ *Una Holandesa en América* (1869); *Lecciones de Historia de Colombia* (1908).

¹⁵ *Biografía del general Joaquín Acosta* (Bogotá: 1901); *Biografías de hombres ilustres o notables, relativas a la época del descubrimiento, conquista y colonización* (Bogotá: 1883); *El general Francisco Miranda* (1909); *Biografía del general Antonio Nariño* (Bogotá: 1910); *Lecciones de Historia de Colombia* (Bogotá: 1908). En 1909 ganó otro concurso con su libro sobre la vida del mariscal Sucre.

Magdalena, Panamá, Santander y Tolima) que conformaban, desde 1863, los Estados Unidos de Colombia. Dichas escuelas debían registrarse por las teorías de Pestalozzi y Fröbel, por lo que se contrató una misión de pedagogos alemanes compuesta por nueve miembros. En el año de 1872 se creó la primera de ellas, en Bogotá, con 80 alumnas (Velásquez Toro, 1989: 26).

Rápidamente, los teutones lograron organizar más de veinte Escuelas Normales en la mayoría de los Estados. Sin embargo, el Decreto tuvo muy corta vigencia, pues la sociedad de entonces no estaba preparada para que de manera definitiva la separación entre Iglesia y Estado se plasmara en hechos tan concretos como que el sistema escolar, tradicionalmente encargado a la Iglesia, lo asumiera el Estado, como función y forma de expresar su soberanía; igualmente, tampoco le podía caber en la cabeza que la instrucción pública fuera obligatoria, gratuita y rigurosamente neutral, en el terreno religioso de la Escuela Pública (Silva Olarte, 1989: 65).

A partir de la Regeneración se volvió al estado anterior de 1870. Según la Constitución de 1886, la instrucción primaria de carácter público era gratuita pero no obligatoria; se prefirió que la educación fuera asumida por los particulares. Se renunció constitucionalmente al ideal de una escuela nacional única. Las comunidades religiosas volvieron a ser las principales empresarias de la educación, toda vez que ejercían el control y tutelaje sobre la misma, y obviamente se volvió a la enseñanza obligatoria y excluyente de la religión católica.

La primera mitad del siglo XX

I

No es aventurado decir que durante las primeras seis décadas del siglo XX la mujer trató de comenzar a figurar en la vida pública colombiana, lo que le significó abrirse camino en diferentes actividades; lucha que, de alguna manera, es asimilable al proceso de modernidad y transformación de la sociedad colombiana.

En 1902 se fundó por parte del gobierno nacional la Academia Colombiana de Historia, como ente encargado de fomentar los estudios históricos en el país, de orientar los contenidos de la enseñanza de la historia en los planteles educativos y de asesorar y enriquecer los acervos de la Biblioteca, el Archivo y el Museo Nacional. En sus primeros años, la corporación sólo contó con doña Soledad Acosta como miembro. En 1909, en el número 2 de la colección *Biblioteca Histórica*, editada por la Academia de Historia, se publicó la *Biografía*

de *Miranda*, escrita por doña Soledad Acosta de Samper¹⁶. Por años, la mayoría de académicos correspondientes, de número y honorarios, fueron un selecto grupo de entusiastas de la historia. Pasarían varios abriles para que una mujer volviera a pertenecer a la Corporación, quizás con Kateryn Romoly, a finales de la década del cuarenta y principios de la del cincuenta.

II

Sin lugar a dudas, la gran pionera de la irrupción de la mujer en la vida pública fue la activista antioqueña María de Los Ángeles Cano Márquez (1887-1967). Fue la primera mujer pública en la historia de Colombia, constituyó un fenómeno de masas que conmocionó a un país gobernado por la confesional, autoritaria y excluyente hegemonía conservadora, fenómeno regido por una cultura tradicionalista. Estas masas las transgredió ejerciendo como dirigente de la lucha por los derechos civiles fundamentales de la población y por los derechos de los trabajadores asalariados; como agitadora y convocante de las luchas obreras que sacudieron al país en la segunda década del siglo XX; como difusora y promotora de las ideas socialistas en Colombia y de la fundación del Partido Socialista Revolucionario (Velásquez Toro, 2007: 151).

Hasta el momento de la irrupción de “Maríacano”, como se la conoció popularmente, en las plazas y escenarios públicos, la mujer estaba circunscrita a la vida del hogar o de los conventos. Las pocas mujeres que hasta ese momento habían tenido alguna figuración en el mundo de la cultura, que como hemos visto se redujo a las letras, escribían en sus domicilios, mientras atendían las labores propias de su condición de amas de casa. Una de las circunstancias que permitió la aparición de Cano y que marcaría buena parte del desarrollo posterior de la mujer colombiana, era que María de Los Ángeles provenía de la clase media, léase urbana, con formación laica y liberal, en cuya casa de residencia se efectuaban tertulias literarias. El ambiente social, en esos comienzos del siglo XX, fue esencial para el despertar de María: se vivía, desde 1919, un permanente clima de agitación social, y un emerger del movimiento sindical en el que jugaron papel fundamental Ignacio Torres Giraldo (Medellín 1892 – Palmira, 1968) y Raúl Eduardo Mahecha Caycedo (El Guamo, 1884 – Bogotá, 1940).

Empezó a escribir, con el seudónimo de Helena Castillo, para la revista quincenal *Cyrano* en 1921; una vez se cerró el quincenario, pasó a formar parte, junto con María Eastman y Fita Uribe, de la redacción del periódico *El Correo Liberal*. Ellas formaron parte de un fenómeno literario de mujeres que se presentó en el país durante la década de 1920, derivado de un hecho similar

¹⁶ Doña Soledad también fue miembro de honor de Asociación de Escritores y Artistas de Madrid; de la Sociedad Geográfica de Berna; de la Academia Nacional de Historia de Caracas.

que se presentó en el cono sur del continente¹⁷, y que hizo florecer numerosos concursos de literatura y poesía femeninas, los cuales fueron fuertemente criticados por sectores retardatarios de la sociedad de entonces. También hizo parte de la plantilla de colaboradores de *La Humanidad* que dirigía Ignacio Torres Giraldo. En noviembre de 1923 comenzó a referirse en sus escritos a algunos problemas sociales del país, muy especialmente de la educación y el analfabetismo. Su arranque, como líder social, se debió a raíz de un artículo suyo, en el que propuso la necesidad de dar al servicio un sistema de lectores-escuchas en el cual ella se ofreció como voluntaria. Tuvo ocasión de acercarse a los obreros y artesanos y ganar su simpatía, lo que finalmente desembocó en que el primero de mayo de 1925 fuera proclamada por sus adeptos como la “*Flor del Trabajo*”, especie de Reina de los trabajadores, con lo cual inició una intensa actividad a favor de ellos.

En principio y para poder cumplir con su encargo, organizó, junto con sus dos damas de honor, Margarita Cano y Alicia Adarve, una junta asesora y unas comisiones de trabajo que se desplazaban por centros fabriles, talleres y cárceles, con el fin de recolectar información y apoyar su labor y la de los comités y comandos populares que hacían parte del movimiento. La junta elaboró 12 actas, entre junio y noviembre de 1925, en las cuales analizó las condiciones laborales de fábricas y trilladoras, las quejas presentadas por trabajadores acerca de su situación, y las comunicaciones enviadas a los empresarios y a las autoridades referentes a los problemas que afectaban a la población. Realizaba acciones para impulsar lo que en aquella época se llamaba la unión del obrerismo a través de conferencias, de la reorganización del periódico *El Rebelde*, del diseño de las banderas y símbolos que lo identificaran y la confección de alcancías para recolectar fondos de solidaridad. Documentos todos muy importantes a la hora de hacer una historia de las luchas sociales en el siglo XX.

La primera intervención en público de “Maríacano” fue en julio de 1925 a propósito del traslado, desde Barrancabermeja, a la cárcel de Medellín de un grupo de obreros de la *Tropical Oil Company*. Su discurso tuvo un ingrediente importante: fustigó con dureza al imperialismo yanqui. Continuaron luego una serie de vibrantes, palpitantes y emotivas participaciones públicas de diverso orden, siempre en nombre de la libertad, la igualdad y la justicia; enfrentando, desafiando y denunciando al régimen conservador en temáticas como la ignorancia y la explotación de los asalariados y contra la voracidad y atropellos de los enclaves norteamericanos en la industria petrolera (*Tropical*

¹⁷ Algunas de las principales poetas de ese movimiento fueron: Delmira Agustini, Alfonsina Storni, Juana de Ibarbourou y la Premio Nobel de Literatura Gabriela Mistral. Todas ellas reivindicaron el deseo, la pasión amorosa y sexual, etc.

Oil Company –TROCO–) y bananera (*United Fruit Company*), instando al gobierno a garantizar el respeto de la soberanía nacional.

Entre 1925 y 1928 comenzaron las giras políticas, siete en total, que la hicieron famosa en todo el país, pues además de movilizarse en carro, mula, caballo, ferrocarril, navegar por río y arriesgarse a montar en los precarios aviones de entonces, visitó diferentes zonas obreras: Boyacá, las riberas del río Magdalena, Caldas, Valle, Santander y la Costa Atlántica, generalmente en conflicto. Fueron concentraciones multitudinarias con las que rompió el aislamiento regional, se convirtió en un auténtico medio de comunicación social que enlazó y transmitió de viva voz las noticias que interesaban al pueblo trabajador y a la oposición. En esos periplos, Ignacio Torres Giraldo fue su compañero inseparable. En 1926, además de colaborar en la organización del Tercer Congreso Nacional Obrero que se realizó en Bogotá, participó en el mismo, y fue parte del comité directivo; en diciembre del mismo año visitó, invitada por Raúl Eduardo Mahecha, a Barrancabermeja, puerto petrolero donde se preparaba una huelga para comienzos del año siguiente. Con ocasión de la huelga de Las Bananeras, de noviembre de 1928, y la fuerte represión que se produjo luego de la matanza perpetuada en los primeros días de diciembre, María Cano fue detenida. Prácticamente allí terminó el accionar de la “Flor del Trabajo”, pues el Partido Socialista Revolucionario se fraccionó y entró en conflicto con el naciente Partido Comunista de Colombia.

Las distintas actuaciones de María de los Ángeles Cano Márquez fueron un verdadero reto a una sociedad pacata, moralista y controladora, y encarnaron una trasgresión cultural intolerable para el establecimiento. La mujer asumió su propia voz, la que hasta ese momento era usurpada por el cura, el marido y el padre. Fue una verdadera ruptura y un desafío.

III

El ingreso de las representantes del sexo femenino en las Bellas Artes fue más bien tímido. A finales del siglo XIX, en 1899, la cuarta hija del presidente Carlos Holguín y de Margarita Caro Tobar, Margarita Holguín Caro (1875-1959), sobrina del general Jorge Holguín y de Miguel Antonio Caro, y alumna de Andrés de Santa María, participó en la Exposición de Bellas Artes de Bogotá, once años después, en 1910, para el centenario de la Independencia, volvió a exponer. Fue una de las primeras artistas profesionales en Colombia.

Otra de las primeras pintoras, cultora de varias técnicas, fue Débora Arango (1910-2005) quien expuso por primera vez sus obras en 1937, dos años después presentó algunos desnudos en una muestra de pintores profesionales en los salones del Club Unión de Medellín, que promovió la Sociedad de Amigos

del Arte, que escandalizaron a la sociedad antioqueña: *Obras impúdicas que ni siquiera un hombre debía exhibir, ... dignos de figura en la antesala de una casa de Venus*, escribió algún periodista paisa. No sólo se atacó la pintura de cuerpos desnudos de mujeres, también el hecho de ser realizados por una mujer: obra impúdica que firma una dama y que ni siquiera un hombre debiera exhibir, ni aun pintar, opinó el periódico *La defensa* (Velásquez Toro, 1989: 22). En 1940, por invitación del entonces Ministro de Educación Jorge Eliécer Gaitán, expuso por primera vez en Bogotá y participó en el Primer Salón de Artistas Colombianos. En 1947, luego de permanecer un tiempo en México, donde aprendió la técnica y conoció de cerca la obra de los muralistas mexicanos, regresó a Medellín e hizo un mural en la Compañía de Empaques, en el cual describió el cultivo de la cabuya. La temática de un buen porcentaje de sus obras fue social y política, la cual abordó con particular crudeza, pues reprodujo personajes sórdidos o marginados socialmente (obreros, prostitutas); en ocasiones fue crítica, satírica y caricaturesca, como cuando pintó monjas ansiosas, reprimidas sexualmente, o reprodujo su particular visión sobre el 9 de abril de 1948, la caída de Laureano Gómez en 1953, o la dictadura de Rojas Pinilla y el avance de la violencia política.

IV

Dos movimientos literarios importantes se suscitaron en la primera mitad del siglo XX: los Nuevos que deben su nombre a una revista de igual nombre, que comenzó a editarse el 6 de junio de 1925 y de la que sólo aparecieron seis números, hasta agosto del mismo año. De ella hicieron parte, fundamentalmente, un grupo heterogéneo de jóvenes poetas y escritores varones¹⁸ que alternaron el oficio con el de la política, sin que el ejercicio de ella¹⁹ interfiriese en la tendencia de la revista, o el periodismo; a los que se unieron otros escritores que también comenzaban su trasegar en las letras²⁰. Fue un movimiento de vanguardia en contra del modernismo que dominó el universo de las letras hispanoamericanas desde 1885 hasta la segunda década del siglo XX; para ellos, muchos de los poetas y escritores anteriores, representantes del modernismo, no tenían mayor importancia, y se inclinaron, más bien, por el conocimiento de autores extranjeros, tanto del pasado como modernos, especialmente franceses²¹, aunque también leyeron

¹⁸ León de Greiff, Felipe Lleras Camargo, Alberto Lleras Camargo, Rafael Maya, Germán Arciniegas, Eliseo Arango, Jorge Zalamea, José Mar, Manuel García Herreros, Luis Vidales.

¹⁹ Dada la heterogeneidad del grupo, algunos fueron progresistas que defendieron los derechos y las reivindicaciones populares, otros fueron socialistas y simpatizantes de la izquierda, los menos fueron promotores de un Estado fuerte abiertamente derechista.

²⁰ José Umaña Bernal, Rafael Vásquez, Germán Pardo García, Octavio Amórtégui, Juan Lozano y Lozano y Alberto Ángel Montoya, Hernando Téllez.

²¹ Maurras, Bartés, Gide, Rivière y Cremiux.

con atención a los novelistas rusos y escritores españoles²². Su producción es bastante disímil e irregular. Como los grupos que funcionaron en la segunda mitad del siglo XIX, Los Nuevos tuvieron su centro de acción, su lugar de reunión en dos cafés: el “Windsor”, en la calle 32, y el “Rivière”, en la 14, por lo que la participación de la mujer en las tertulias era difícil, pues tanto en la segunda mitad del siglo XIX como en las primeras décadas del XX, la pacata sociedad de entonces veía con pésimos ojos que una mujer se sentara en un café a departir con tertulios hombres al calor de un tinto y el infaltable cigarrillo, al comienzo de la tenida, y con la dinámica de la charla al de unos tragos, normalmente el aguardiente; eso eran proceder de “mujeres de mala vida o reputación”.

El otro movimiento importante fue el de Piedra y Cielo, al cual hay que agregarle una empresa cultural afín: el movimiento de los Cuadernícolas, de la década del cuarenta, que se caracterizó por el afán de los poetas que de él participaron por publicar pequeños cuadernos de versos²³.

Aunque las mujeres no hicieron parte activa de los grupos reseñados durante esa primera mitad del siglo XX, hubo escritoras importantes. En primer lugar, debemos citar a la bolivarensa Concepción Jiménez de Araujo (1862-1929) que al despuntar el siglo XX, en 1901, editó un volumen de 25 cuentos de su autoría, titulado *Ideas y sentimientos*. Variada fue la actividad de doña Concepción, pues escribió obras de teatro²⁴, fue promotora cultural porque impulsó la fundación de la Facultad de Bellas Artes de Cartagena y participó de la Junta Patriótica de Señoras, que organizaba eventos culturales para recolectar fondos destinados a la celebración del centenario de la Independencia. Causas en las que fue fundamental el empuje dado por el periódico *El Porvenir* de propiedad de su esposo, el general Antonio Araujo de León.

En segundo lugar, a la barranquillera Amira de la Rosa (1895-1974), escritora, pedagoga y diplomática; tuvo una formación sólida ya que estudió en Barcelona, en el Curso Internacional para profesores dirigido por la eminente educadora italiana María Montessori, instrucción que compartió con la poetisa chilena Gabriela Mistral. Su producción literaria no fue muy extensa: la novela corta *Marsolaire* (1941); dos selecciones de prosa; algunos dramas,

²² Miguel de Unamuno, Pío Baroja, Azorín y Ortega y Gasset.

²³ Según parece hubo dos momentos de los Cuadernícolas: a principios de la década del cuarenta, Juan Friede desde la Editorial inició la publicación de cuadernos de poesía. Más adelante, la segunda etapa, mucho más promovida que la primera, fue liderada por Jaime Ibáñez desde la editorial Cántico que promovió la edición de los cuadernos de Cántico. Algunos de los Cuadernícolas fueron: Fernando Charry Lara, Jorge Gaitán Duran, Eduardo Cote Lamus y Álvaro Mutis.

²⁴ La más importante de todas: El jardín de Bagdad.

comedias y sainetes²⁵, siendo esta forma de expresión donde se sintió más a gusto, pues a través de sus obras teatrales pudo comunicar, con técnicas acordes y sintetizando, sentimientos y emociones que llegaron a públicos exigentes; fue una destacada promotora teatral y una de las primeras mujeres en obtener un premio internacional: Primer Premio en el Concurso de Obras Teatrales Españolas de 1946 (Lamus Obregón, 2007: 130).

En tercer lugar, tenemos a la santandereana Elisa Mújica (1918-2003); desde muy joven trabajó en diferentes instituciones como el Ministerio de Comunicaciones y la Caja Agraria, fue secretaria privada de Carlos Lleras. Comenzó su carrera literaria y periodística en 1947, en *El Liberal*, luego fue colaboradora de *El Tiempo*, *El Espectador* y en otras revistas y periódicos; su primera novela: *Los dos tiempos*, la publicó en 1949, a la que siguieron dos más: *Catalina* (1963) y *Bogotá en las nubes* (1984), así como colecciones de cuentos y algunos libros de ensayo²⁶. Aunque versátil, no fue una escritora con muchos lectores, salvo sus cuentos infantiles; quizás en ella se hizo palpable las dificultades que afrontaron las mujeres para escribir y publicar en América Latina y en Colombia. Es particularmente importante la ayuda que le prestó al antropólogo español José Pérez de Barradas en la redacción y publicación de la obra *Orfebrería Prehispánica de Colombia* (1954, 1958 y 1965), obra basada en el estudio de las colecciones del Museo del Oro de Bogotá (estilos calima; tolima y muisca; quimbaya y otros) y en la preparación de la edición de Aguilar de *Reminiscencias de Santafé de Bogotá* (1957) de José María Cordovez Moure. Quizás por esto fue una especialista en la historia del bogotánísimo barrio de La Candelaria. En 1984, fue elegida miembro de la Academia Colombiana de la Lengua, siendo la primera mujer en alcanzar tal distinción; en el mismo año, fue hecha miembro correspondiente hispanoamericano de la Real Academia Española.

Las mujeres que incursionaron en la poesía enfrentaron un gran problema derivado de la situación a que estuvo constreñida la mujer: nuestra cultura consideró, desde la época colonial, que la mujer era privilegiadamente sentimental y aficionada al éxtasis por la naturaleza, mientras que la “fría” y “deshumanizada” racionalidad era una debilidad masculina. Bajo esa cosmovisión frágil y de raíces coloniales, buena parte de las poetisas

²⁵ Las selecciones de ensayos de Amira Arrieta McGregor, su nombre de soltera, fueron: *Marsolaire* (1976) y *Prosa* (1988). Sus dramas: *Los hijos de ella* (1939), *Madre borrada* (1943), *Piltrafa* (1946), *El Ausente* (1956). Sainete: *Las viudas de Zacarías* (1944), que recrea las costumbres costeñas. Comedias: *Solitos en Miramar*, cuya temática gira en torno al ambiente costeño; *Casta de infieles*; *El hijo de piedra*; *La angustia del barco amarrado*. Así como numerosas obras radiofónicas que se escucharon en la Radio Nacional de España de Madrid y en la Emisora Atlántico de Barranquilla. Entre 1943 y 1945 tuvo el grupo teatral *Amira de la Rosa*; fue una convencida de la necesidad de que el Estado sostuviera una *Compañía Nacional*; su activa defensa y promoción del teatro hicieron que el Teatro Municipal de Barranquilla fuera bautizado con su nombre.

²⁶ Colecciones de cuentos: *Ángela y el diablo* (1953), *Árbol de Ruedas* (1972), *La tienda de imágenes* (1987).

mantuvieron esa lógica por años, convirtiéndolas en sentimentales, nostálgicas y emocionales, demasiado emotivas y subjetivas.

V

Al despuntar el siglo XX, comenzaron algunos tímidos cambios en la educación para la mujer. Aunque todavía lo predominante era la vinculación de la mujer al magisterio, pues prácticamente era el único oficio no casero que podían ejercer las mujeres. Sin embargo, el proceso de industrialización del país permitió que la mujer trabajadora de alguna manera se preparara: primero en la educación comercial²⁷ y luego en la universitaria. Punto fundamental fue la creación, en 1927, en Bogotá, del Instituto Pedagógico Nacional para señoritas, con el cual se enfatizó en la educación del magisterio femenino. Sin embargo, hasta el censo de población de 1964 una inmensa mayoría, 51% de la población femenina del país, era analfabeta.

Así, sin lugar a dudas, la irrupción de las mujeres en la vida pública se consolidó cuando ellas decidieron entrar a la universidad, a lo que contribuyó la apertura que en materia de educación dio la República Liberal (1930-1946), pues quizás en agradecimiento a su activa participación y apoyo en la campaña que llevo a la presidencia a Enrique Olaya Herrera, pese a que la mujeres no gozaban de derechos políticos y civiles, los políticos liberales les dieron algunas prerrogativas que permitieron que, a pasos agigantados, consiguieran un rápido reconocimiento público.

Así, en 1930, en diciembre, se reunió en Bogotá el IV Congreso Internacional Femenino, convocado por la Liga Internacional de Mujeres Ibéricas e Hispanoamericanas, para honrar la memoria del Libertador Simón Bolívar. El evento fue presidido por la genealogista, experta en heráldica, Georgina Fletcher, cuyo principal interés fue promover el acceso de la mujer a la cultura. El Congreso permitió que las mujeres de estratos prioritariamente altos discutieran de diversos asuntos relativos a las condiciones de vida (higiene, salud, educación física y deportes, los derechos patrimoniales de la mujer casada, etc.), tanto pública como privada y de algo que nos interesa: la creación de un Centro Femenino de Historia Nacional que hasta lo que conocemos no fue más que una propuesta.

Dentro de las delegadas por Colombia hay que destacar la participación de la representante de Boyacá Ofelia Uribe de Acosta (1900-1988), pues desde entonces se convirtió en una gran activista feminista y quizás en la promotora del feminismo en Colombia; en el certamen presentó una ponencia sobre los

²⁷ Básicamente en la contabilidad y la mecanografía, a este tipo de educación accedió la mujer de clase media de las ciudades. El surgimiento de Escuelas de Comercio para Señoritas se dio en la década del veinte del siglo pasado.

derechos civiles de la mujer casada, en la cual insistió en la conveniencia de que las contrayentes tuvieran independencia económica y pudieran manejar sus propios bienes. Sus planteamientos fueron presentados a las cámaras legislativas, las mujeres se convirtieron en grupo de presión y regularmente asistían al Congreso para coaccionar tan fundamental derecho. Finalmente, en 1932, por Ley 28, se otorgó a las casadas la capacidad y el derecho para manejar sus propios bienes dentro del matrimonio.

Una vez obtenidas esas conquistas, las combativas luchadoras por los derechos de las mujeres: Ofelia Uribe, Lucila Rubio de Laverde y Clotilde García de Ucrós, al mando de un importante contingente de mujeres, continuaron buscando nuevas reivindicaciones: la educación secundaria de las mujeres y su ingreso a la universidad en las mismas igualdades que el hombre. El movimiento logró un nuevo triunfo en 1932 y 1933, mediante las Leyes 1874 y 227, mediante las cuales se aprobó ese equitativo derecho. Más adelante, durante el primer gobierno de Alfonso López Pumarejo, la Reforma Constitucional de 1936 consagró que las mujeres mayores de edad podían desempeñar empleos que llevaran anexa autoridad o legislación, en las mismas condiciones que para desempeñarlos exigiera la ley de los ciudadanos. Decisión que no fue bien vista por el grueso de la población y que obligó a que doña Ofelia continuara su campaña propagandista de los derechos fundamentales de las mujeres mediante conferencias radiales en distintas ciudades del país.

En 1937, la activa luchadora se fue a vivir a Tunja con su familia, y en la amplia biblioteca que tenía Inés Gómez de Rojas, que contenía una colección de textos y materiales relativos a la condición de las mujeres a lo largo de la historia universal, se documentó mucho más y pudo animar y promover un movimiento feminista que convocó a mujeres de diferentes estratos socioeconómicos, el cual tuvo influencia en regiones importantes del país, y causó el escándalo de moralistas, periodistas y políticos. Mantuvo un programa radial en Radio Boyacá que llamó la Hora Femenina, al que algunas damas tunjanas, supuestamente defensoras de la tradición y la virtud, respondieron con La Hora Azul. La Hora Femenina fue cancelada, pero su dinámica e incansable promotora la abrió en otra emisora y en otra hora, se convirtió en un verdadero hit de la naciente radio colombiana, pues logró el apoyo de la opinión pública y, obviamente, altos niveles de sintonía.

Por esos años, la educación media no era común para las mujeres y ni hablar de la superior, a lo más llegaban a ser normalistas. Ofelia Uribe quiso que sus dos hijas, normalistas ambas, estudiaran en la universidad, para lo que tenían que cursar un año de bachillerato clásico; como no había en Tunja un liceo femenino, lograron ser aceptadas, gracias a que el rector era liberal, en

el tradicional Colegio de Boyacá, a lo que la iglesia, tanto sus jerarcas como sus oficiales, se lanzó lanza en ristre, y utilizó el púlpito, su mejor palestra, con argumentos como que eso era una “desvergüenza”. Luego de un agitado ir y venir, las dos alumnas lograron terminar sus estudios y a partir de ese momento el Colegio Boyacá creó una sección femenina. Unos años después, en 1944, la activista se lanzó, junto con Inés Gómez, Carmen Medina de Luque, Elvira Sarmiento Quiñones y Leonor Barreto, a editar una revista mensual de corte feminista, con claro sentido laico e independencia del poder político, el cual se llamó *Agitación Femenina* y se publicó hasta 1946, en la que promovió e impulsó, de forma didáctica, la lucha por los derechos de las mujeres, así como la educación y la democracia. Como era de esperarse, la publicación despertó serias críticas y controversias, su principal opositor fue Enrique Santos Montejo “Calibán”, que desde *El Tiempo* había emprendido una feroz y recalcitrante reacción y estigmatización contra cualquier reconocimiento de los derechos civiles, económicos, culturales y políticos de las mujeres y su incorporación a la vida democrática; para el caso de *Agitación* la calificó de “femenino izquierdista”.

Curiosamente y pese a que el periodista de *El Tiempo* había sido descomulgado por la Iglesia Católica y era considerado como “rojo”, encontró en esa institución uno de sus mayores aliados, pues la Iglesia desde la época de la Conquista, y con la particular participación de los curas párrocos, se había convertido en la defensora del pudor y las buenas costumbres. Por los años cuarenta y basada en una directriz emanada de Roma a los obispos de todo el mundo, la Iglesia había iniciado una cruzada encaminada a vetar las modas femeninas. En Colombia y bajo la égida del obispo de Santa Rosa de Osos, Miguel Ángel Builes y del futuro Cardenal Primado Luis Concha Córdoba, esa campaña, reforzada con otros argumentos: que todo trato entre hombre y mujer era pecaminoso y no llegar virgen al matrimonio era pecaminoso, se había iniciado en 1927 con el argumento de que “perdida la mujer se perdió todo”, lo que se hizo extensivo a las otras actividades reivindicativas de la mujer.

Casi simultáneamente con la aparición de *Agitación Femenina* se conformó un movimiento feminista liderado por la Unión Femenina de Colombia, del que obviamente hizo parte Uribe de Acosta, movimiento que se mantuvo activo hasta 1946 cuando subió a la presidencia el conservador Mariano Ospina Pérez y se desató la violencia partidista, la que se agudizó con el asesinato, el 9 de abril de 1948, de Jorge Eliécer Gaitán; sucesos que motivaron la disolución del movimiento. Solamente, hasta 1955, en tiempos del mandato de Rojas Pinilla, Ofelia Uribe de Acosta volvió a la escena pública con la edición de un nuevo periódico: *Verdad*, del que sólo se publicaron 17 números, pues su directora fue perseguida. Con el Frente Nacional (1958-1974), la activista se

vinculó al Movimiento Revolucionario Liberal (MRL) y desde allí impulsó una tesis a favor de la justicia social, de las reformas económicas y políticas, para transformar las prácticas corruptas del bipartidismo. Fue suplente en el Senado. En 1963, publicó su libro *Una voz insurgente*, en el cual expresó su pensamiento feminista y dejó constancia histórica de los aspectos más relevantes de la lucha de su generación por los derechos humanos y por la dignidad de las mujeres colombianas (Velásquez Toro, 2007: 228-231).

Así, la entrada de las mujeres a la universidad comenzó en la década del treinta. A partir de 1930 el Instituto Pedagógico Nacional autorizó que señoras y señoritas participaran, en calidad de asistentes, en cursos de estudios superiores, siempre que tuvieran la preparación suficiente, a juicio del Consejo Directivo. En 1932, la Universidad de Antioquia recibió mujeres en la facultad de odontología (Velásquez Toro, 1989: 27). En la Universidad Javeriana se fundó una sección femenina; la primera mujer bachiller fue admitida en la Universidad Nacional, en la facultad de medicina, en 1936: Gerda Westendorp, hermana media de Camilo Torres Restrepo, que por años fue la profesora de alemán del alma mater, y un año después ingresó el primer grupo de mujeres. En 1937, se graduó la primera profesional del país: la odontóloga Mariana Arango Trujillo, a la que siguieron otras.

De manera que, en 1939, en Popayán, Esmeralda Arboleda (1921-1997) entró a estudiar Derecho en la Universidad del Cauca; una vez graduada y luego de transcurrir un tiempo como profesional, llegó a ser, junto con Josefina Valencia de Hubach (1913-1991) y Bertha Hernández de Ospina Pérez (1907-1993), miembro de la Asamblea Nacional Constituyente, desde donde lideraron la defensa del voto femenino sin restricciones²⁸, la igualdad salarial y de derechos políticos sin límites, la igualdad salarial y de derechos políticos de hombres y mujeres, el derecho a ocupar altos cargos directivos del Estado, y acabar con la discriminación de las mujeres en el trabajo. Hay que subrayar que en la obtención de los derechos civiles de la mujer jugó papel importante María Eugenia Rojas de Moreno Díaz (1932)²⁹, pues coadyuvó a la aprobación

²⁸ En 1944, durante la segunda administración de López Pumarejo, se impulsó, por parte del citado movimiento liderado por Lucila Rubio y la Unión Femenina de Colombia, la idea en el Congreso de la república, pero rápidamente fue derrotada, en lo que fue esencial las columnas de “Calibán”.

²⁹ María Eugenia Rojas de Moreno Díaz es hija del general Gustavo Rojas Pinilla, presidente de Colombia entre 1953 y 1957. En carácter de tal obtuvo la cédula de ciudadanía número dos (20.000.002) y su señora madre tuvo la número uno (20.000.001). Durante el mandato de su padre fue directora de la institución SENDAS destinada a afianzar la justicia social con la ayuda de los desposeídos, por lo se auspició los mercados populares, los aguinaldos del niño pobre, los restaurantes escolares, las guarderías infantiles y creó centros de bienestar social en las ciudades y campos. Se preocupó por la vivienda popular, la casa campesina, el seguro campesino y la bolsa de empleo. Se creó la Oficina de Rehabilitación y Socorro para colaborar con los damnificados de la violencia. Entre 1962 y 1974 fue parlamentaria. En 1974 se presentó como candidata a la presidencia de la república por la ANAPO (Alianza Nacional Popular), partido político, nacionalista, revolucionario y popular que fundó y orientó con el general Rojas, y se convirtió en la primera mujer que en Colombia y en América aspiró a la primera magistratura.

del Acto Legislativo No. 3 del 25 de agosto de 1954 de la Asamblea Nacional Constituyente, que le otorgó a la mujer el derecho a elegir y ser elegida por voto popular, la libertad en el ejercicio profesional, las prestaciones sociales, el derecho a la posesión y administración de los bienes en general y la igualdad de los derechos con los hombres (Ocampo López, 2007: 121-127).

De igual forma, fue así como las mujeres, por primera vez en la historia de Colombia, fueron designadas como ministras, gobernadoras y embajadoras y constituyentes, por lo que la doctora Arboleda también fue senadora y Ministra de Comunicaciones entre 1961 y 1962, dicha cartera fue ocupada inicialmente por su compañera de lucha por los derechos de la mujer Josefina Valencia de Hubach³⁰, y posteriormente fue embajadora. Todas ellas tuvieron que enfrentar el rechazo de la familia, como de hombres y mujeres, la Iglesia y muchas instituciones, que veían con malos ojos que la mujer estuviese rodeada de hombres. Con el tiempo, esas mujeres fueron elemento fundamental para que se involucraran en la política y mostraran lo injusta que había sido la sociedad discriminándolas, durante años, de los escenarios políticos y académicos.

Con la entrada de la mujer a la universidad, arrancó el desempeño de las mismas en las Ciencias Sociales y Humanas, en particular con la fundación, en Bogotá, de la Escuela Normal Superior, en cuyo seno se erigió una Facultad de Ciencias Sociales³¹. La novísima institución retomó las experiencias de la Escuela Normal Superior de París y de la Facultad de Ciencias de Alemania, y promovió como metodología de enseñanza los de la Escuela Nueva o Activa, tratando de hacer una ruptura con la cátedra magistral; fue creada para formar a los “maestros de maestros” en un diálogo permanente entre las ciencias y las humanidades, y fue llamada en su tiempo “El Vaticano de la cultura nacional”. Se buscó impartir una educación de muy alto nivel académico pero

³⁰ Josefina Valencia era hija del poeta y político payanes Guillermo Valencia y hermana del posterior (1962-1966) presidente de la república Guillermo León Valencia. Se unió al movimiento de cambio nacional propuesto por el general Gustavo Rojas Pinilla, y fue nombrada por él gobernadora del departamento del Valle del Cauca, la primera mujer en Colombia que llegó a tal dignidad. Fue ministra de Educación por nombramiento del mismo mandatario. Fue designada embajadora ante la Unesco; a su regreso a Colombia fue elegida varias veces senadora de la república por el movimiento rojista.

Es un caso interesante el de su militancia en el rojismo, pues tanto su padre como su hermano fueron importantes dirigentes del conservatismo colombiano, de hecho cuando la Universidad del Cauca le confirió a su hermano el doctorado Honoris Causa en 1956, el discurso que pronunció fue interpretado como uno de los comienzos de la lucha contra Rojas Pinilla.

³¹ El gran ideólogo y gestor de la Escuela Normal Superior de Colombia fue el médico José Francisco Socarrás, apodado por algunos de sus alumnos como “el rector magnífico”. Dirigió la institución entre 1937 y 1944. Fue también uno de los pioneros del psicoanálisis en el país. En 1938 fijó un nuevo Plan de Estudios para los estudiantes de la Normal y estableció las siguientes licenciaturas: Ciencias Sociales, Ciencias Biológicas y Químicas, Lingüística e Idiomas, Matemáticas y Física, Educación Física.

Socarrás fue un convencido que lo sociológico era el fundamento de la pedagogía por ello el nombre de Ciencias Sociales, lo que dio cabida no sólo a la historia y la geografía, sino a la antropología, la economía y la sociología.

apropiada para el hombre colombiano, y se insistió en la necesidad de métodos de investigación científica aplicables a nuestra realidad nacional, para lo que se realizaron seminarios de investigación de los cuales se levantaban actas o protocolos, de tal forma que el egresado no fuera un simple instructor sino un educador integral y un científico en el área de su especialización. Todo ello sustentado en una bien dotada y actualizada biblioteca y, para el caso de las Ciencias Sociales, en salidas de campo, consistente en una salida a pie, con el mapa en la mano, para analizar todos los elementos geográficos, humanos, físicos, históricos, cultivos, ruralidad y urbanización, formas de producción, agricultura etc., de las cuales los estudiantes entregan informes o diarios de campo³².

La Escuela Normal Superior contribuyó mucho para la profesionalización de la mujer en Colombia y al fortalecimiento de las Ciencias Sociales. Si tenemos en cuenta que entre 1936 y 1954 egresaron 659 estudiantes, de los cuales 485 eran hombres (73,6%) y 174 mujeres (26,4%), y que de ese total hubo 185 graduandos en Ciencias Sociales, el más alto de la Escuela, y 23 del Instituto Etnológico, para un total de 208, tendríamos unos porcentajes de 28% y 31,5%, de los cuales 36 fueron mujeres, 30 de Ciencias Sociales y 6 del Etnológico. Aunque no existen estadísticas nacionales totales para los mismos años, basados en la cifra de 1944 cuando 402 varones y 11 mujeres egresaron de la universidad colombiana, y si en ese año se diplomaron dos mujeres en el Instituto Etnológico, tendríamos que el 18,18% del total de mujeres fueron científicas sociales.

VI

Una de las principales innovaciones introducidas en la Escuela Normal Superior fue la educación mixta o coeducación, la cual funcionó a partir de 1936. Tema difícil de enfrentar, pues la Iglesia Católica se oponía ciegamente a tal tipo de educación por considerarla errónea y peligrosa. El obispo Builes fue uno de los que más la atacó al punto que, en 1936, excomulgó a la Universidad de Pasto, porque asistían mujeres a las aulas de ese centro docente; obviamente que los conservadores, como ha sido una constante en la historia de Colombia, se sumaron a la cruzada. Surgieron planteamientos como que: podía suscitar problemas por el hecho de que la mujer diera mayor rendimiento que los varones; otros, más radicales, afirmaron que de no hacer regresar al campesino a su parcela y la mujer al hogar, la integridad del hogar estaba en peligro (Jaramillo Uribe, 1989: 105-106).

³² Un estudio muy completo sobre la Escuela Normal Superior es el de Martha Cecilia Herrera y Carlos Low: Los intelectuales y el despertar cultural del siglo. El caso de la Escuela Normal Superior Una historia reciente y olvidada. Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional, 1994.

No es entonces sorprendente, aunque causa cierto escozor, que supuestas figuras cultas y de avanzada del liberalismo, como Germán Arciniegas, estuvieran en contra de la coeducación. El entonces Representante se opuso al ingreso de la mujer a la universidad, aduciendo que traía como consecuencia trastornos sexuales y sacó un argumento simplemente idiota según el cual desde don Alfonso el Sabio estaba dicho que la mujer no es sujeto competente para ciertos menesteres y profesiones. En 1945, cuando fungía como Ministro de Educación, creó las Universidades Femeninas o Colegios Mayores de Cultura Femenina, entre los que se destaca el Colegio Mayor de Cundinamarca (1946)³³, para que impartieran a las mujeres una educación profesional propia de su sexo, tales como orientación familiar, servicio social, secretariado y delineantes de arquitectura. Trastocó parte de los avances igualitarios y democráticos que en materia de educación femenina había logrado implantar la República Liberal (Velásquez Toro, 1989: 28-29).

Es así como a la Escuela Normal llegaron mujeres y hombres provenientes de diferentes ciudades y pueblos de Colombia. Dos antioqueñas, Blanca Ochoa (1914-2008) y Edith Jiménez (1914-2008), se matricularon, en 1938, en la Facultad de Ciencias Sociales, para luego de cuatro años de estudio obtener la licenciatura en Ciencias Sociales y Económicas. Ambas estaban convencidas, como muchas otras de sus compañeras y compañeros de generación, que esas disciplinas eran las del porvenir. Tanto Blanca como Edith habían participado, en 1937, de una famosa huelga en un colegio de Medellín, el Central Femenino³⁴. La primera, más beligerante que la segunda, fue, según su abuela, una auténtica “Maríacano”, término acuñado en el seno de las familias antioqueñas para designar a las jóvenes rebeldes. Las dos se vincularon, como estudiantes, al Instituto Etnológico Nacional (1941) y formaron parte de la primera promoción que formó el etnólogo francés Paul

³³ Una buena historia de ese centro docente es el artículo de Miguel García Bustamante: El Colegio Mayor de Cundinamarca: Institución promotora de la educación femenina en Cundinamarca (1946-1996). En: Jorge Iván Marín y José Eduardo Rueda Enciso. Historia y Sociedad en Cundinamarca Aportes historiográficos y documentales de la vida política y de lo público. Bogotá: Escuela Superior de Administración Pública, 2006. p. 117-131.

³⁴ El Instituto Central Femenino fue fundado en 1936 por el Gobierno, con el objeto de impartir a las jóvenes el bachillerato. Paralelamente la oposición clerical y conservadora erigió la Escuela Normal de Señoritas. La primera rectora del Instituto fue la institutora Lola González, quien fue obligada a renunciar por las amenazantes y difamatorias presiones a que fue sometida. Luego de mucho buscar a la sucesora, se decidió contratar, en Francia, a la educadora española Enriqueta Seculi Bastida, que al igual que su antecesora recibió los ataques y el acoso de los defensores de la moral cristiana y de la virtud de las mujeres antioqueñas, supuestamente puestas en peligro por el régimen liberal. Sin embargo, recibió el apoyo de las estudiantes que realizaron la mencionada huelga de protesta. (Velásquez Toro, 1989: 27-28).

Rivet³⁵ y que egresó en 1942³⁶; las dos fueron activistas y dirigentes del Instituto Indigenista que existió en Colombia entre 1942 y 1949. A esa promoción del Instituto Etnológico hay que sumarle a Alicia Dussán de Reichel Dolmatoff.

Para la segunda promoción del Instituto Etnológico Nacional, en 1941, se postuló una santandereana, de El Socorro, Virginia Gutiérrez, que en 1940 terminó sus estudios de bachillerato en el Instituto Pedagógico Nacional, pasó a estudiar Ciencias Sociales en la Escuela Normal Superior, ciclo que concluyó en 1944 a la par con los del etnológico que cursó a partir de 1942. Una vez casada, el 24 de julio de 1945, con el también etnólogo Roberto Pineda Giraldo, compañero de estudios en la Normal, y a consecuencia de la persecución política, desatada desde 1946, contra los egresados de la Normal y del Etnológico, viajó entre 1953 y 1954 a estudiar en la Universidad de California, en Berkeley, becada por la John Simon Guggenheim Memorial Foundation, donde obtuvo un master en antropología social y médica³⁷, convirtiéndose en la primera científica social colombiana en obtener un postgrado. En 1962, se doctoró en Ciencias Sociales en la Universidad Pedagógica Nacional.

La vinculación de estas tres mujeres, más la mencionada Alicia Dussán y María Rosa Mallol de Recasens, a la Facultad de Ciencias Sociales de la Escuela Normal Superior y al Instituto Etnológico Nacional fue un verdadero escándalo. Contra ellas se levantaron insidiosas calumnias frente al honor y la dignidad, se dijo por parte del periódico conservador *El Siglo*, lo que era lógico, pero también desde *El Tiempo*, por “Calibán”, que eran promiscuas

³⁵ Uno de los hechos más significativos de la Escuela Normal Superior fue la vinculación de profesores extranjeros. Se aprovechó pues la coyuntura de la Segunda Guerra Mundial para contratar a algunos académicos, docentes y científicos emigrantes que buscaron en América una tierra libre para el pensamiento. Además de Rivet, hay que mencionar a Francisco Cirre, José María Ots Capdequí, Pablo Vila, José de Recasens, José Prat García, Pedro Urbano González de la Calle, Luis de Zuleta, Ernesto Gulh, Rudolf Hommes, Justus Wolfram Shottelius. Sólo seis mujeres extranjeras, de un total de 77 con que contó la Normal, hemos podido rastrear que se vincularon a la Escuela: Mercedes Rodrigo, Carlota de Massur, Amelia Bushell de Turck, Rona Earle, Dorothy Hayes y Elisa Nugent.

³⁶ Blanca Ochoa y Edith Jiménez realizaron en 1943 un catálogo arqueológico nacional, y en 1944 escribieron el artículo Cerámica Panche. En la misma línea del primero está el artículo de Ochoa: Organización de Museos (1945), en el que trazó lineamientos para el desempeño correcto de un museo. Dos trabajos más componen la obra de doña Blanca: Los Panche: lecciones para primeros conocimientos (1945), que es fundamental a la hora de emprender algún trabajo sobre ese grupo indígena, e Introducción al estudio de la metalurgia prehispánica en Colombia (1978).

Según parece, ambas investigadoras se interesaron por grupos indígenas que desaparecieron o se mimetizaron con el contacto con los españoles, suministrando sobre ellos fundamentos sencillos, interés que había promovido Rivet y que el Instituto Etnológico siguió al pie de la letra encargando a dos de sus investigadoras. Fue así como Jiménez de Muñoz escribió sobre los Guane (1945), Los Chibcha (1945), los Quimbayas (1946), Los Anserma (1946). Como Ochoa Sierra, Jiménez de Muñoz hizo un trabajo sobre Museos: Colecciones del Museo Nacional de Arqueología. Una colección de cerámica Guane (1947).

Posteriormente a la salida de ambas del Etnológico, doña Edith escribió Vínculos de la mitología Chibcha con la de otros pueblos americanos (1955).

³⁷ En Berkeley tuvo una pléyade importante de profesores: Alfred Kroeber, Robert H. Lowie, George Foster, John H. Rowe, Carl O. Sauer, James Parsons. Tanto ella como don Roberto fueron influenciados por la escuela de cultura y personalidad que orientaron Margareth Mead y Ruth Benedict.

porque estudiaban y realizaban salidas de campo con hombres. Estas pioneras estudiaron gracias al decidido apoyo y confianza de sus padres, por lo menos para el caso de Virginia Gutiérrez, y tuvieron que enfrentarse a una sociedad convencional, así haya sido estremecida por las reformas de la República Liberal; además, constituyeron una vanguardia intelectual. Tanto Blanca Ochoa como Virginia Gutiérrez estuvieron vinculadas a la docencia, en la Universidad Nacional, y de manera diferente supieron convertir la cátedra en un lugar de transmisión y asimilación de conocimientos, experimentación y proyección.

Doña Virginia brilló por su labor docente e investigativa, en las que logró que ambas se retroalimentaran mutuamente, generando productos de calidad académica que expuso en las obras escritas y en la cátedra al juicio de pares y estudiantes para difundirlos y valorarlos. Siempre tuvo diferentes motivaciones teóricas, esencialmente norteamericanas: el conductismo y el culturalismo. Doña Blanca fue una buena docente pero sobre todo luchó, a comienzos de la década del setenta, por mantener abierto y en funcionamiento el departamento de antropología, enfrentándose a su compañero de promoción y paisano Luis Duque Gómez, que como rector intentó por todos los medios cancelarlo; permanentemente defendió a sus estudiantes y siempre procuró para ellos el mayor bienestar posible. El aporte principal lo logró Virginia Gutiérrez, pues sus trabajos sobre la familia en Colombia, eje y directriz de su vida académica, son pioneros y aún no superados³⁸. Supo mezclar muy bien su pasión por la novela y la poesía con la ciencia, pues sus escritos científicos son rigurosos, y cuando fue necesario echó mano de la literatura para expresar sus propias emociones.

Tanto Blanca Ochoa, Edith Jiménez, Virginia Gutiérrez y Alicia Dussán fueron, a la par, amas de casa, madres, docentes e investigadoras. Para el caso de doña Virginia y doña Alicia se casaron con etnólogos: Roberto Pineda Giraldo y Gerardo Reichel Dolmatoff, dos personalidades muy distintas, lo que de alguna manera marcó el desempeño profesional de una y otra. Virginia brilló con luz propia, y aunque realizó algunos trabajos en conjunto con don Roberto³⁹, el grueso de su obra la hizo sola; no así sucedió con Alicia, pues la mayoría de su producción científica está íntimamente ligada a la de Gerardo

³⁸ Algunas de las obras de Virginia Gutiérrez son: Familia en Colombia: La medicina popular en Colombia. Razones de su arraigo (1961); Trasfondo histórico (1963); Familia y cultura en Colombia (1968); Estructura, función y cambio de la familia en Colombia (1975); El gamín, su albergue social y su familia (1978), en colaboración con Elvia Isabel Perry, Patricia Vila Mejía, Yolanda Echeverri y Jairo Arias; Honor, familia y sociedad. El patriarcalismo en Santander (1985), en colaboración con su nuera Patricia Vila Mejía; Medicina tradicional en Colombia, dos tomos (1981).

³⁹ En los años cuarenta investigaron el mundo Guajiro y el de los indios Chocó, cuyos productos escriturales aparecieron en la década del cincuenta y del sesenta: La organización social en la Guajira (1950 y 1963); En el mundo espiritual del indio Chocó (1958); Ciencia y Folklore (1959). En los años noventa se comprometieron en el estudio de la Miscegenación y Cultura en la Colombia Colonial 1750-1810.

Reichel, una personalidad fuerte, neurótica, tremendamente egocéntrica, que prácticamente opacó a su esposa y aprovechó la suculenta herencia familiar en sus destacadas aventuras intelectuales. Caso diferente fue el de Blanca Ochoa, compañera, esposa y aliada del líder de izquierda Gerardo Molina Ramírez. Por su lado, Edith Jiménez se casó con Santiago Muñoz Piedrahita, a quien le colaboró en la aventura que emprendió con otros liberales: la Fundación Universidad de América; durante años dirigió, organizó y mantuvo el Museo de Trajes Regionales. Tanto Blanca, Edith y Virginia fueron expulsadas del Instituto Etnológico Nacional, hoy Instituto Colombiano de Antropología e Historia, lo que las obligó a buscar otros lugares de realización personal y las tres coincidieron en afirmar que ocuparon un puesto dentro de la antropología colombiana a pesar de la oposición de Gerardo Reichel Dolmatoff.

Los hijos de estas pioneras de alguna forma compartieron a sus madres con la ciencia, con la indagación del hombre colombiano. Es así como, en 1956, la revista *Semana* se refirió al trabajo investigativo de doña Virginia: Los cuatro niños cuando regresan al colegio se encuentran con una escena ya familiar, en el gabinete de trabajo de su madre, decorado con varias máscaras indígenas producto de sus viajes por la Guajira y otros lugares del país, se halla ella rodeada de papeles en los que consigna sus estadísticas, sus cuartillas, además, hay grandes arrumes de libros y un voluminoso fichero, como también la máquina de escribir siempre con una hoja para escribir⁴⁰. Ella fue una convencida de que una mujer mientras más capacitada intelectualmente, mayores garantías podía ofrecer para el hogar, como esposa y madre. El hogar y las actividades femeninas fuera de él (profesionales, laborales, científicas...) no eran para ella términos de un antagonismo insoluble, sino piezas de un mismo juego⁴¹.

La década del sesenta

I

Los años sesenta vieron cómo, definitivamente, la mujer irrumpió con fuerza, muchas veces innovando y asumiendo posiciones de vanguardia y de ruptura, en diferentes ámbitos. Contribuyeron a ello distintos hechos y circunstancias: en primer lugar, el 9 de abril de 1948; en segundo lugar, la violencia generada a partir de 1946, pero que se agudizó con el asesinato de Gaitán, violencia que se extendió hasta 1965 y marcó a toda una generación; en tercer lugar,

⁴⁰ Revista *Semana*, Vol. XX, No 488, marzo 19 de 1956. El párrafo está citado por Ligia Echeverri de Ferrufino en el libro Virginia Gutiérrez de Pineda, que con motivo de la entrega a doña Virginia del Premio Nacional al Mérito Científico 1994, concedido por la Asociación Colombiana para el Avance de la Ciencia, en la categoría de Vida y Obra, editó y recopiló su alumna. Bogotá: Asociación Colombiana para el Avance de la Ciencia – Granahorrar, 1995. p. 40-41. Lo transcrito es una adaptación mía.

⁴¹ *Ibid.*

la caída del general Rojas Pinilla el 10 de mayo de 1957 y, en cuarto lugar, el triunfo de la Revolución Cubana y el consecuente traslado de la guerra fría a Latinoamérica y particularmente a Colombia⁴².

Sin embargo, queremos referirnos a un hecho cultural, que es el siguiente: en 1955, el poeta Eduardo Gaitán Durán fundó y dirigió, hasta 1962, cuando falleció en un accidente de aviación, la revista MITO, de la cual Gabriel García Márquez dijo, en alguna ocasión, “con ella comenzó todo”, que publicó 42 números de muy alto nivel, que renovó la provinciana cultura colombiana e intentó situar y validar el trabajo intelectual colombiano en el contexto internacional, suministrándole rigor, sinceridad, claridad y conciencia. Fue una publicación en la que la plantilla de redactores y escritores eran básicamente hombres⁴³, así como también sus corresponsales extranjeros⁴⁴ y autores traducidos⁴⁵. Sólo Alejandra Pizarnik fue corresponsal, con tendencias y militancias políticas opuestas. La fuerza de las reflexiones que de la revista se suscitaron, hizo que la sociedad colombiana, especialmente el mundo académico e intelectual, se sintiera profundamente estremecido y sobre todo se informó, pues Durán fue un intelectual cómplice que le dio cabida a la libertad y a la inconformidad, pero con calidad y ética; hizo que su revista fuese un proyecto, abruptamente abortado, en el que la literatura, el arte, la ciencia y la filosofía no fueron pobres damas vergonzantes, sincronizada con la actualidad filosófica del mundo contemporáneo, y bogó porque la literatura, especialmente el ensayo, además de desmitificadora y analítica, recobrase su función social y el hombre buscara su liberación total (Cobo Borda, 1988: 131-191).

Es así como una mujer radicada en Colombia, casada con Alberto Zalamea, la argentina Martha Traba Taín (1930-1983), la única que colaboró en el país con MITO, con sus agudas y severas críticas sobre arte, conmocionó el mundo de la pintura, la escultura, etc., las que dieron lugar a la consolidación del arte moderno en el país, aunque destruyó y marginó otras tendencias y sus

⁴² En efecto, como en 1959 y en los años siguientes todavía persistían rezagos de guerrillas partidistas, algunos de ellos totalmente bandolerizados y otros en proceso de convertirse en guerrillas comunistas, que sin lugar a dudas perturbaban el orden público interno, el Estado colombiano abrazó con buen agrado los esquemas de contra-insurgencia diseñados por el pentágono, lo que significó, entre otras, un incremento del pie de fuerza y de las actividades de inteligencia. Para el caso de los bandoleros se logró eliminarlos, pero las guerrillas crecieron y se consolidaron, y aún hoy persisten y juegan un papel importante en la vida nacional, aunque el Estado colombiano, con la anuencia y apoyo de los Estados Unidos, se empeñe en desconocerlos y tratarlos de terroristas.

⁴³ Como Gerardo Molina, Gabriel García Márquez, Álvaro Cepeda Samudio, Álvaro Mutis, Pedro Gómez Valderrama, Hernando Valencia Goelkel, Fernando Charry Lara, Fernando Arbeláez, Eduardo Cote Lamus, Rafael Gutiérrez Girardot, Danilo Cruz Vélez, Jorge Eliécer Ruiz, Baldomero Sanín Cano, León de Greiff, Jorge Zalamea, Hernando Téllez, Enrique Buenaventura, Francisco Norden, Guillermo Angulo. Francisco Posada, Darío Mesa, Indalecio Lievano Aguirre.

⁴⁴ Octavio Paz, Luis Cernuda, Vicente Aleixandre, Carlos Fuentes, Julio Cortázar, Alejo Carpentier, Juan Lizcano, Jaime García Terrés, Jorge Guillén.

⁴⁵ Brecht, Luckács, Paul Baran, Sade, Durrel, Nabokov.

representantes, y a la fundación, en 1958, del Museo de Arte Moderno de Bogotá, cuya primera sede fue la Universidad Nacional. Era una convicción de que cada época era una generación que asumía la modernidad como lo que era: testigo de su historia (Escallón, 2007: 210-212).

Desde los ensayos y columnas de Martha Traba, no sólo en MITO sino en periódicos como *El Tiempo*, y sus programas en la naciente televisión, como en sus libros⁴⁶, logró darle cabida y razón, muchas veces pontificando, no sólo a un granado grupo de pintores escultores⁴⁷, sino a algunas mujeres que comenzaban a emerger en el panorama artístico nacional, formadas la mayoría de ellas en las escuelas de Bellas Artes de las Universidades Nacional y de los Andes. Veamos algunas de ellas: en la escultura, en 1961 Felisa Bursztyn (1938-1982) comenzó a construir sus chatarras con las que abrió cierta brecha a la anarquía formal y conceptual. Unos años antes, en 1958, la bogotana Olga Ceballos de Amaral (1936) había hecho su primera exposición de tejidos, lo que constituyó todo un cambio, pues logró transformar la concepción que del tejido se tenía en Colombia, elevándolo a la categoría de arte, creando tapices y tejidos con diversos materiales: crin de caballo, yeso, lana, hojilla de oro y otros. Diez años después incluyó dentro de sus diseños los motivos precolombinos, así como materiales y técnicas de esas culturas.

En la literatura, desde 1958, una aventura radical, un tanto espontánea, fue tomando forma y tuvo mayor incidencia en las letras nacionales que la misma revista MITO, fue el escandaloso y provocador movimiento nadaísta que lideró el escritor, poeta y periodista de Andes, Antioquia, Gonzalo Arango, que se atrevió a denunciar a las academias, a las iglesias y a las supersticiones. Al contestatario movimiento perteneció la barranquillera Fanny Buitrago (1945), quien publicó su primera novela *El hostigante verano de los dioses* (1963) con la que innovó la forma como las mujeres hacían literatura en nuestro país, a la cual siguió una serie de obras de teatro y novelas en las que ha buscado, de manera incansable, diversas formas narrativas. En 1969, hizo su aparición en las letras nacionales la barranquillera Marvel Moreno Abello con su cuento *El muñeco* en la revista ECO, de 1975 en adelante comenzó una destacada carrera literaria. Dentro de esas novelistas de finales de los cincuenta y comienzos de los sesenta, no hay que olvidar a Alba Lucía Ángel con su novela *Estaba la pájara pinta sentada en su verde limón* (1975).

En la pintura, en 1964, apareció en el mundo del arte colombiano la pintora, historiadora y crítica de arte Beatriz González Aranda (1938), que con sus variaciones sobre un mismo tema y otros trabajos de recreación tratados como

⁴⁶ El museo vacío (1958), La pintura nueva en América Latinoamérica (196), Dos décadas vulnerables de las artes plásticas latinoamericanas (1973).

⁴⁷ Alejandro Obregón, Fernando Botero, Eduardo Ramírez Villamizar, Edgar Negret, Antonio Roda, entre otros.

algo muy cercano a la sociología urbana buscó ser universal. En el diseño gráfico no se puede dejar de mencionar a Martha Granados (1945). En esos años sesenta el arte pop hizo furor, y en nuestro país, una de sus primeras cultoras fue Ana Mercedes Hoyos Mejía (1942), que desde 1966 empezó a exponer temas eminentemente urbanos con colores fuertes.

En 1959 llegó a Colombia, a Cali, procedente de Argentina y persiguiendo un amor, Fanny Mickey (1930-2008). Por años fue considerada como una gran empresaria del espectáculo teatral y como la gran organizadora de eventos de gran trascendencia e importancia que hizo parte de la vida pública colombiana⁴⁸. Sin embargo, me parece que también fue una irreverente y una innovadora, pues muchas de sus actuaciones, montajes etc., estremecieron la pacata, prejuiciosa y prohibitiva sociedad colombiana: posó desnuda para el fotógrafo Hernán Díaz⁴⁹, y para los pintores Antonio Roda, Enrique Grau Araujo y Oswaldo Guayasamín. En algún programa de televisión que animaba, se atrevió a denunciar el “serrucho” de los políticos. Nunca se olvidó de la rumba; el baile, especialmente la salsa y el bolero, hacía parte de su existencia; sitios sagrados como Juanchito, el Goce Pagano y Café y libro la vieron “tirando paso” con frenesí como la más diestra salsera. Montó obras de teatro de gran sentido social, si se quiere sociológico, que llegaron a amplias mayorías como *La loca de Chaillot*, *Edipo Rey*, *La Casa de Bernarda Alba* (quizás su pieza preferida), *La muerte de un viajante*, *Un tranvía llamado deseo*; y algunas de contenido histórico como *I Took Panamá*. Otras fueron abiertamente retadoras y consideradas escandalosas como *El monólogo de la vagina*. Hizo posible que la profesión de la actuación, como sus concomitantes (director, escenógrafo, dramaturgo, luminotécnico etc.), realmente se profesionalizaran. Hizo del teatro una fiesta grande, colectiva, pero concibiéndolo como una empresa rentable, lográndolo sacar de la marginalidad.

Cinco años después de que Fanny llegara a Colombia, hizo sus primeros cortometrajes y documentales con Gabriela Samper García (1918-1974)⁵⁰, pionera

⁴⁸ Recién llegada se vinculó al Teatro Experimental de Cali de Enrique Buenaventura y luego se embarcó en la organización del Festival de Arte de Cali, que convirtió, en los años sesenta, a la Sultana del Valle en la Capital Artística y Cultural de Colombia. Algún tiempo después se vinculó al desaparecido Teatro Popular de Bogotá que dirigía Jorge Alí Triana; al retirarse del TPB montó la Gata Caliente, el primer Café Concert que existió en Colombia. Se empeñó en fundar y sacar adelante el Teatro Nacional (1981) y de allí tuvo la plataforma para organizar, desde 1988 y cada dos años, el Festival Iberoamericano de Teatro, uno de los más importantes del mundo que logra congrega un total de 2000 artistas, en promedio, provenientes de los cinco continentes.

⁴⁹ Fue para el libro *La vida pública*, con textos de Arturo Camacho Ramírez. En total fueron 24 fotos donde se mostró en ligeros negros y pinta de prostituta.

⁵⁰ Gabriela Samper egresó, en 1936, como Bachiller de la primera promoción del Gimnasio Femenino, la versión del bello género del Gimnasio Moderno. Estudió literatura inglesa y danza moderna en Europa y los Estados Unidos; posteriormente, filosofía y letras en la Universidad Nacional. Fue docente de su Alma Mater, de la Universidad de los Andes y de la Libre. En 1958 perteneció al Teatro El Búho y en 1963 fue directora del Teatro Cultural del Parque Nacional. Luego de su muerte se publicó un volumen de cuentos cortos titulado *La Guandoca*.

de la actividad cinematográfica y de la militancia política de izquierda, que desde un comienzo y en algunas de sus realizaciones: *Festival Folclórico de Fόμεque* (1964), *El Páramo de Cumanday* (1965), *El hombre de la sal* (1967), *Los Santísimos Hermanos* (1969), abordó temáticas un tanto contestatarias y exóticas pero muy cercanas a lo que podría ser un cine etnográfico, actividad que luego desarrollaría con lujo de detalles Martha Rodríguez.

II

Entre 1959 y 1963, en la Facultad de Sociología de la Universidad Nacional, la primera que existió en Latinoamérica, de la mano de Orlando Fals Borda y Camilo Torres Restrepo, en el más sorprendente de los ecumenismos, se formaron las primeras mujeres sociólogas⁵¹. Por el carisma de ambos personajes, sus alumnos y alumnas se moldearon dentro del rigor científico de la sociología urbana y rural, como de la antropología, pues Virginia Gutiérrez, Roberto Pineda Giraldo, Milcíades Chaves Chamorro, Segundo Bernal Villa, Miguel Fornaguera hicieron parte del cuerpo de profesores e investigadores, y de la historia, ya que Juan Friede Alter también perteneció a la plantilla de docentes, pero también aprendieron, con Camilo Torres Restrepo, a combinar la investigación con la acción social. No sobra añadir que desde la Facultad de Sociología, doña Virginia tuvo un escenario muy adecuado para iniciar y consolidar sus investigaciones sobre la familia.

Hicieron parte de la primera promoción de mujeres sociólogas, egresadas en 1963, profesionales de la talla de Magdalena León de Leal, pionera de la investigación sobre la mujer, sin duda influenciada por Virginia Gutiérrez y Elsy Bonilla. Dos estudiantes se graduaron con mención en antropología: Ligia Echeverri de Ferrufino, quizás la principal seguidora y continuadora de los trabajos de Virginia Gutiérrez, sus estudios sobre la familia de hecho en Colombia han sido pieza fundamental para el reconocimiento de los derechos de una inmensa mayoría de mujeres colombianas, así mismo, ha sido una exitosa administradora académica; y Gloria Triana Varón, quien ha brillado con algunas investigaciones etnográficas sobre la Guajira y los Puinabes de la Amazonía colombiana, pero es en el documental y la realización de programas culturales que llegó a tener figuración destacada, pues series como Yurupari mostraron masivamente a los colombianos otras realidades.

En 1964 egresaron los últimos antropólogos del Instituto Colombiano de Antropología, antiguo Instituto Etnológico Nacional. Siguiendo la tradición iniciada en 1942, se diplomaron tres mujeres de las que destacaremos dos: Nina S. de Friedemann (1935-1998), que con sus trabajos sobre comunidades

⁵¹ De un total de 16 estudiantes que conformaron la primera promoción, cuatro eran mujeres, es decir, el 25%.

negras o afroamericanas logró darle fortaleza a la etnicidad en Colombia, lo que desembocó, el 27 de agosto de 1993, con la sanción por parte del presidente César Gaviria Trujillo de la Ley 70 por medio de la cual se les reconoció a las comunidades negras derechos territoriales y políticos⁵²; y Yolanda Mora de Jaramillo, esposa y compañera de Jaime Jaramillo Uribe, quien, como investigadora del Instituto Colombiano de Antropología, adelantó importantes trabajos sobre diferentes aspectos del trabajo artesanal, como de la cultura culinaria⁵³.

La labor de formación de antropólogos la asumieron las universidades. Fue así como en la Universidad Nacional y en una extensión de la Facultad de Sociología se fundó la sección de Antropología Social, que luego, en 1966, pasó a ser Departamento para formar parte de la Facultad de Ciencias Humanas. A la planta de profesores entraron algunos de los egresados del Instituto Etnológico Nacional que laboraban y colaboraban con la Facultad de Sociología, en particular, nos interesan los casos de Virginia Gutiérrez y de Blanca Ochoa, que fueron vinculadas al naciente Departamento⁵⁴. En 1964, arrancó labores el Departamento de Antropología de la Universidad de los Andes bajo la dirección de Gerardo Reichel-Dolmatoff y su esposa Alicia Dussán, como una reacción a lo que estaba sucediendo en la Universidad Nacional; salvo los casos de Gregorio Hernández de Alba y de Segundo Bernal Villa, ninguno de los antiguos compañeros de estudio y trabajo de los Reichel fueron llamados⁵⁵. A partir de esos dos departamentos, en los años siguientes se conformaron el de la Universidad de Antioquia y el de la del

⁵² Fueron varios los trabajos de Nina S. de Friedemann. Exploró la técnica del documental etnográfico con filmes como *La fiesta del indio en Quibdó y Congos*. Excelente escritora, sus libros se distinguieron por la calidad literaria y la seriedad de sus investigaciones: *Ma Ngombe: guerreros y ganaderos en Palenque* (1979); *Herederos del Jaguar y la Anaconda* (1982). Se preocupó mucho por el bienestar y organización del gremio antropológico y publicó tres trabajos que aportaron al conocimiento de la historia de la antropología colombiana: *Bibliografía Anotada y directorio de antropólogos colombianos* (1979); *Un Siglo de Investigación Social*.

⁵³ *Chichas de una región rural de la Costa Atlántica colombiana* (1962); *Barniz de Pasto: una artesanía colombiana de procedencia aborígen* (1963); *Economía y alimentación en un caserío rural de la Costa Atlántica colombiana* (1963); *Aspectos y problemas de las artesanías populares en Colombia (1964-1965)*; *Viaje de observación a algunos centros de educación indígena, artística y artesanal del sudoeste americano (1966-1969)*; *Bases culturales de la enseñanza del diseño artesanal* (1974); *Notas para el estudio de la alimentación en Ráquira* (1974); *Clasificación y notas sobre técnicas y el desarrollo histórico de las artesanías colombianas* (1974).

⁵⁴ Aunque guardo distancia del feminismo de la profesora Florence Thomas, comparto su criterio de que Virginia Gutiérrez (según Thomas la pionera del feminismo en Colombia, epíteto con el que nunca estuvo de acuerdo), Blanca Ochoa de Molina, Eduardo Umaña Luna, Roberto Pineda Giraldo y Orlando Fals Borda, a los que hay que sumar a Camilo Torres Restrepo, Milciades Chaves Chamorro, Miguel Fornaguera, Segundo Bernal Villa y Ernesto Gulh, todos ellos fallecidos; así como Jaime Jaramillo Uribe y Agustín Blanco, constituyeron una generación dentro de la historia de la Universidad Nacional de Colombia, modelos de una docencia comprometida y apasionada. (Florence Thomas, *Pioneros de la investigación El adiós a una generación*. *El Tiempo*, Miércoles 20 de agosto de 2008, p. 23). De todos ellos se puede decir que fueron Maestros en el más amplio sentido de la palabra, pues sus enseñanzas fueron más allá de la cátedra, supieron, cada uno de manera diferente, dar lecciones de vida.

⁵⁵ Sobre el particular se recomienda el artículo de José Eduardo Rueda: *La antigua Facultad de Sociología de la Universidad Nacional y la creación de los departamentos de Antropología en Colombia* (Notas para un debate). En: *Los imaginarios y la cultura popular*. Bogotá: CEREC-CODER, 1993. p. 160-192.

Cauca, con programas académicos, y en la Universidad Javeriana, dedicado a prestar servicios. Tales entes, hasta la década del noventa del siglo XX, fueron los encargados de construir la antropología académica del país, la que en los últimos 18 años se ha visto remozada con nuevos departamentos, programas de especialización, maestrías y próximamente doctorados.

De los dos departamentos de Antropología existentes en Bogotá egresaron, entre 1968 y 1969, un buen número de profesionales, los primeros de la época universitaria. En la Universidad de Los Andes se graduaron 11 mujeres, en la Nacional sólo, hasta 1972, tomó la borla la primera mujer: Ximena Pachón Castrillón. Algunas de esas antropólogas, como otras que se licenciaron en los primeros años de la década del setenta, se convirtieron en profesoras de los departamentos de antropología del país y formaron, y aún forman, a los antropólogos del país.

La Historia, como disciplina profesional, se desarrolló de manera parecida y simultánea a la Antropología y la Sociología. Su pionero, Jaime Jaramillo Uribe, estudió en la Escuela Normal junto con Blanca Ochoa y Edith Jiménez; luego de hacer un postgrado en Francia, entre 1946 y 1947, donde se empapó de la obra de los historiadores de la Escuela de los Anales, y otras tendencias, especialmente las de las ideas y de la cultura, se vinculó, en 1952, a la Universidad Nacional, a la Facultad de Filosofía y Letras. Se interesó por aumentar y fortalecer las cátedras de historia que se dictaban en el principal centro docente del país, gestionó la creación de un departamento de historia, en 1962, que centró su atención en la historia de Colombia, pero no en la historia heroica y tradicional, promovida por la Academia Colombiana de Historia, sino en la historia económica, social y cultural, basada en métodos rigurosos de análisis y en abundante documentación; todo ello lo complementó con la fundación y dirección del *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* -1963- (Rueda Enciso, 2007: 142-144).

Aun antes de fundarse el Departamento de Historia, Jaramillo recibió en 1959 a un grupo de estudiantes que se interesaron por el estudio de la historia y entendieron los mensajes de su maestro: Germán Colmenares Colmenares (sin lugar a dudas el mejor historiador que ha habido en Colombia), Jorge Orlando Melo González y Margarita González Pachotti (1942); a los que hay que sumar los nombres de Hermes Tovar Pinzón, Víctor Álvarez, Jorge Palacios Preciado y Álvaro Tirado Mejía. Grupo que se convirtió en la Nueva Historia de Colombia. Su primera manifestación fue *Los estudios históricos en Colombia: situación actual y tendencias predominantes* (1969) de Jorge Orlando Melo.

Margarita González es otra gran pionera de las Ciencias Sociales en Colombia, pues además de pertenecer a la Nueva Historia, con sus escritos⁵⁶ y desde las inolvidables cátedras de Historia de Colombia, centradas en la Colonia, que sabiamente impartió en la Universidad Nacional, durante la década del setenta y principios de la del ochenta del siglo XX, hizo que sus estudiantes de los diferentes departamentos de la Facultad de Ciencias Humanas, especialmente del de Antropología, se interesaran por investigar y conocer el pasado. Por años fue colaboradora, redactora y directora (entre 1979 y 1982) del *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*; de igual forma, hizo parte de *Cuadernos Colombianos*, publicaciones ambas que se constituyeron en la palestra de la Nueva Historia. Junto con la literata María Teresa Cristina Zonca (1939) fueron las únicas mujeres que colaboraron⁵⁷ en el Manual de Historia de Colcultura (1978 a 1980), coordinado por Jaime Jaramillo Uribe, manual que, si se quiere, fue la consolidación de la nueva forma de analizar, investigar y concebir la historia, y con novedosos enfoques metodológicos sobre el pasado nacional, constituye una importante síntesis del pasado nacional. Su obra más importante es *El resguardo en el Nuevo Reino de Granada* (1970), pues además de ser una rigurosa investigación de archivo, muestra cómo surgieron y se desarrollaron, muchas de ellas disueltas, esas unidades territoriales, en las que se reclutaron a los indígenas de la región central de Colombia, que sobrevivieron a la encomienda; unidades cuya conservación y defensa han sido el motor y la razón de ser de las comunidades indígenas andinas.

Conclusiones

En Colombia, las mujeres estuvieron por más de tres siglos marginadas de la vida pública, lentamente fueron saliendo de esa situación especialmente como escritoras, luego como artistas y finalmente como políticas y científicas sociales, en eso tuvieron mucho que ver los cambios experimentados en la educación. Las pioneras de algunas de las actividades que hemos reseñado: la literatura, las artes y las ciencias sociales y humanas, fueron verdaderas mujeres contestatarias, muchas de ellas impregnadas de cierto individualismo

⁵⁶ Bosquejo Histórico de las Formas de Trabajo (1974), El Estanco Colonial del Trabajo (1975), El proceso de Manumisión en Colombia (1974), todos publicados en Cuadernos Colombianos. El resguardo minero en Antioquia (1979), La política económica en el Nuevo Reino de Granada (1983), Algunos aspectos económicos de la Administración Pública en Colombia (1986-87) en el Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura. Bolívar y la independencia de Cuba. Bogotá: El Áncora Editores, 1985. Junto con Germán Colmenares y Darío Fajardo Montaña publicó Fuentes coloniales para la historia del trabajo en Colombia. Bogotá: Universidad de Los Andes, 1968.

⁵⁷ Los mencionados trabajos son: La literatura en la conquista y la colonia de María Teresa Cristina Z. Manual de Historia de Colombia. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1978. Tomo I. Las rentas del Estado de Margarita González P. Manual de Historia de Colombia. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1979. Tomo II.

y rebeldía; libres de pensamiento, sentimiento y acción, con posiciones críticas contra todas las instituciones, valores y comportamientos; trasgresoras de los cánones impuestos a la mujer, que le abrieron las puertas a la expresión femenina en épocas en las cuales la participación de la mujer, en esos campos, no era común, lo que les significó que los hombres, los obispos, los curas y un grupo mayoritario de colombianas las censuraran y persiguieran. Sin embargo, en el caso de las ciencias humanas y sociales, el nacimiento y crecimiento de las mismas ha ido de la mano con la irrupción de las damas en esos campos.

Buena parte del accionar de esas heroínas se centró en Bogotá y en menor cuantía en ciudades como Medellín, Cali y Barranquilla. Pese a ser los principales centros urbanos del país, la sociedad que allí residía no estaba preparada para enfrentarse, como fue el caso en la década del cuarenta o la del sesenta del siglo XX, con mujeres que investigaran y analizaran científicamente diferentes aspectos del trasegar humano. No obstante, con tozudez, perseverancia y mucha terquedad, aprovechando las coyunturas que proporcionó el país, lograron abrir un “boquete”, desde la cátedra universitaria, por el que se encaminaron otras que en la actualidad suman algunos cientos de miles.

Un aspecto importante de la mayoría de estas mujeres fue que además de ser pioneras, quizás sin proponérselo, de importantes aspectos de la actividad humana, estuvieron casadas o convivieron con hombres destacados en la vida pública y en el mundo de la cultura que, por lo general, no impidieron la realización de sus esposas, compañeras y amantes, más bien las motivaron e impulsaron.

Bibliografía

- AROCHA, Jaime & DE FRIEDEMANN, Nina S. (1979). *Biografía anotada y directorio de antropólogos colombianos*. Bogotá: Sociedad Antropológica de Colombia.
- COBO BORDA, Juan Gustavo. (1988). "Mito". En: *Manual de Literatura Colombiana*. Bogotá: Planeta Colombiana Editorial – Procultura. Tomo I.
- CURSIO ALTAMAR, Antonio. (1975). *Evolución de la novela en Colombia*. Bogotá: Biblioteca Básica No 8, Instituto Colombiano de Cultura.
- ECHEVERRI, Ligia. (1995). *Virginia Gutiérrez*. Bogotá: Asociación Colombiana para el Avance de la Ciencia – Granahorrar.
- ESCALLÓN, Ana María. (2007). "Marta Traba". En: *Gran Enciclopedia de Colombia*. Bogotá: Biblioteca El Tiempo – Círculo de Lectores. Tomo 18, Biografías 3.
- GRAN ENCICLOPEDIA DE COLOMBIA. (2007) Bogotá: Biblioteca El Tiempo – Círculo de Lectores. Tomos 16, 17, 18 (Biografías 1, 2, 3). La primera edición de esa enciclopedia fue hecha entre 1991 y 1993. Los tomos de biografías corresponden a los volúmenes 9 y 10.
- HERRERA, Martha Cecilia & LOW, Carlos. (1994). *Los intelectuales y el despertar cultural del siglo El caso de la Escuela Normal Superior Una historia reciente y olvidada*. Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional.
- JARAMILLO URIBE, Jaime. (1989). "La educación durante los gobiernos liberales. 1930-1946". En: *Nueva Historia de Colombia*. Bogotá: Planeta Colombiana Editorial. Volumen IV.
- LAMUS OBREGÓN, Marina. (2007). "Amira de la Rosa". En: *Gran Enciclopedia de Colombia*. Bogotá: Biblioteca El Tiempo – Círculo de Lectores. Tomo 18, Biografías 3.
- MANUAL DE LITERATURA COLOMBIANA. (1988). Bogotá: Planeta Colombiana Editorial – Procultura. Tomos I y II.
- MARÍN TABORDA, Iván & RUEDA ENCISO, José Eduardo (ed. - comp.). (2006). *Historia y Sociedad en Cundinamarca Aportes historiográficos y documentales de la vida política y de lo público*. Bogotá: Escuela Superior de Administración Pública.
- MARTÍNEZ CARREÑO, Aida. (2007). "Josefa Acevedo de Gómez". En: *Gran Enciclopedia de Colombia*. Bogotá: Biblioteca El Tiempo – Círculo de Lectores. Tomo 16, Biografías 1.
- MELO GONZÁLEZ, Jorge Orlando. (1988). "La literatura histórica en la República". En: *Manual de Literatura Colombiana*. Bogotá: Planeta Colombiana Editorial – Procultura. Tomo II.
- NUEVA HISTORIA DE COLOMBIA. (1989). Bogotá: Planeta Colombiana Editorial S.A. Volumen IV. Educación, luchas de la mujer, vida diaria.

OCAMPO LÓPEZ, Javier. (2007). "María Eugenia Rojas de Moreno-Díaz". En: *Gran Enciclopedia de Colombia*. Bogotá: Biblioteca El Tiempo – Círculo de Lectores. Tomo 18, Biografías 3.

RUEDA ENCISO, José Eduardo (comp. – ed.) (1993). *Los Imaginarios y la Cultura Popular*. Bogotá: CEREC-CODER.

_____. (2007). "Jaime Jaramillo Uribe". En: *Gran Enciclopedia de Colombia*. Bogotá: Biblioteca El Tiempo – Círculo de Lectores. Tomo 17. Biografías 2.

_____. (2008). *Crónica de un caballero andante en el trópico Biografía de Juan Friede*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia.

SILVA OLARTE, Renán. (1989). "La educación en Colombia. 1880-1930". En: *Nueva Historia de Colombia*. Bogotá: Planeta Colombiana Editorial. Volumen IV.

VELÁSQUEZ TORO, Magdala. (1989). "Condición jurídica y social de la mujer". En: *Nueva Historia de Colombia*. Bogotá: Planeta Colombiana Editorial. Volumen IV.

_____. (2007). "María Cano". En: *Gran Enciclopedia de Colombia*. Bogotá: Biblioteca El Tiempo - Círculo de Lectores. Tomo 16, Biografías I.